

Namiquipa, tierra de revolucionarios.

Jesús Vargas Valdés.

Los movimientos antiporfiristas que se escenificaron en el estado de Chihuahua a finales del siglo XIX, fueron arrastrados por el río del olvido. La historiografía no se ocupó de registrarlos y se necesita toda la información para lograr una explicación más coherente sobre las causas y antecedentes de la revolución de 1910.

Entre los años de 1889 a 1896, hubo varios movimientos insurreccionales y algunos estuvieron muy relacionados entre sí, ya fuera por las proclamas y las demandas, ya fuera por los dirigentes, o por la relación que tuvieron esos intentos con el movimiento antiporfirista a nivel nacional. Desde esta perspectiva podemos sugerir que el levantamiento de Namiquipa en 1889, el de Tomóchic en 1892, el de Santo Tomás en 1893, y el de Palomas, Cañón del Manzano de 1894, estuvieron todos relacionados con un movimiento de carácter nacional en contra de la dictadura de Porfirio Díaz.

Excepto lo que escribió el historiador Francisco R. Almada, nada más quedó registrado, ni nada más sabemos sobre las motivaciones que impulsaron a aquellos ciudadanos pacíficos y sin problemas a levantarse en armas. Excepto el caso de Simón Amaya, tampoco sabemos de dónde surgieron los jefes de esos movimientos, cómo vivían y cuáles fueron los antecedentes que los llevaron a tomar las armas hasta ponerse al frente de una causa en que la libertad y la vida iban de por medio.

Se conocen los nombres de Jesús María Vázquez Terrazas, Simón Amaya, Celso Anaya, Lauro Aguirre, Tadeo Vázquez, Santana Pérez, Víctor L. Ochoa, Benigno Arvizu, pero no sabemos cómo se relacionaron con el movimiento exterior. A mediados de los años ochenta, Ignacio Martínez, eminente médico originario de Tamaulipas, inició un movimiento que aglutinó en la frontera de México y Estados Unidos a cientos de simpatizantes. Martínez fue asesinado en Estados Unidos, pero otros revolucionarios como Paulino Martínez y Ruiz Sandoval continuaron su labor en los años siguientes, hasta que en la década de los noventa surgió la figura casi mitológica de Catarino Garza, el personaje más reconocido y más terco en la lucha de los norteños contra la dictadura.

De una o de otra manera estos dirigentes que incursionaron en la frontera de Estados Unidos con Tamaulipas, estaban identificados por su filiación lerdista y en cada etapa del movimiento, también establecieron nexos con los elementos antiporfiristas de Coahuila y Chihuahua.

El historiador Francisco R. Almada detectó que en estos años, el principal contacto en Chihuahua fue el ex gobernador Luis Terrazas. Sin aportar mucha información, afirma que apoyó a los de Tomóchic por su antagonismo con el gobernador Lauro Carrillo y se infiere que también estuvo ligado con los de Namiquipa.

Nuestra propuesta va más allá de esa explicación y parte de lo siguiente: durante veinte años, de 1860 a 1880, Terrazas acumuló liderazgo político a nivel regional en Chihuahua, Sonora, Coahuila y Nuevo León. Enemistado y condenado a la marginación por el dictador Porfirio Díaz, Terrazas no podía sustraerse a los movimientos de oposición que se estaban desarrollando en la frontera y así, con mucha discreción, apoyó económicamente a Catarino Garza, pero también animó y apoyó de diversas maneras a algunos de los líderes que surgieron en el estado de Chihuahua.

Terrazas amasó su fortuna desde adentro del Gobierno, incluso lo alcanzaron los beneficios del porfirismo, pero eso no impedía que también le apostara subterráneamente a la oposición. Esta no es una práctica extraña, sigue aplicándose en la actualidad y hasta se dice que es apostarle a Dios y al diablo, pero a este segundo, muy en secreto. Eso explica el porqué los movimientos antes citados quedaron registrados en la historia como si hubieran surgido espontáneamente y de manera local.

A más de cien años de distancia, es casi imposible encontrar más información sobre la participación de Terrazas, pero de las ligas que estas insurrecciones tuvieron con el movimiento nacional antiporfirista, de seguro que en el Archivo General de la Nación y en el de la Defensa Militar, se puede encontrar más información; por lo pronto aquí en Chihuahua quedaron como testimonio algunos documentos muy interesantes, y en este número de “La Fragua” vamos a presentar uno de esos manifiestos.

La insurrección de 1893 y la batalla de Santo Tomás.

El 30 de marzo de 1893, cuatro años después de la rebelión encabezada por Jesús María Vázquez Terrazas, contra la reelección del general Porfirio Díaz (agosto 1889), y cuatro meses después de la derrota y aniquilamiento de los *tomoches* (octubre 1892), estalló un nuevo movimiento insurreccional en Namiquipa el cual fue encabezado por Celso Anaya y Simón Amaya, este último identificado como uno de los dirigentes principales del movimiento anterior junto con Vázquez Terrazas.

Según datos del historiador Almada, el movimiento se inició en el rancho conocido como Corral de Piedras del municipio de Namiquipa. No se tiene el registro del número de rebeldes, pero se puede sugerir que originalmente eran más de cien y que el número se fue incrementando conforme avanzaron los insurrectos hacia ciudad Guerrero, objetivo estratégico en la primera etapa de la rebelión.

La primera población que ocuparon fue Cruces, donde dieron a conocer que se habían levantado en armas para quitar al dictador de la nación, general Porfirio Díaz. En los días siguientes avanzaron sobre Temósachic, lugar del que se apoderaron sin problemas y donde recibieron las muestras de apoyo por parte de los vecinos, de tal suerte que muchos de ellos se unieron, engrosando notablemente las filas de la insurrección. De ahí siguieron avanzando hacia su objetivo llegando el 13 de abril a Santo Tomás donde se atrincheraron, luego de que recibieron noticias de que el general Juan Hernández, al mando de un numeroso contingente militar, los esperaba en ciudad Guerrero.

Recibiendo la información de que los “sediciosos” se habían quedado en Santo Tomás y considerando que contaba con un contingente y con armamento muy superior, el general Hernández movilizó a sus tropas hacia aquella población, ordenando el asalto en las primeras horas del día 14 de abril.

A pesar de la notoria superioridad, las fuerzas federales fueron rechazadas en los primeros ataques, pero a partir de ese momento no cesaron las hostilidades. Desde otras poblaciones fueron enviados nuevos contingentes de soldados, y el jefe político de Guerrero dispuso que el coronel Joaquín Terrazas organizara un contingente de voluntarios provenientes de los pueblos del distrito. Así, después de 9 días de hostigamientos, las fuerzas del Gobierno se habían incrementado sumando casi

ochocientos soldados, con todo el parque necesario y contando con fuerzas de artillería.

Calculando que los sitiados habían agotado buena parte de sus reservas de parque y que las condiciones le favorecían de todo a todo, el día 24 de abril el general Hernández ordenó cañonear las posiciones rebeldes. El bombardeo fue constante durante casi toda la mañana y cuando el jefe rebelde Simón Amaya vio que estaban perdidos, decidió, antes que rendirse, tratar de romper el cerco. Así, en una acción desesperada, ordenó a los pocos combatientes que le quedaban, lanzarse sobre la línea federal logrando en una sola carga romper el cerco, pero en condiciones físicas extremadamente desventajosas y sin parque.

Los jinetes del ejército federal salieron a perseguirlos sobre la llanura y no tuvieron problemas para alcanzar a casi todos los rebeldes a quienes fueron cazando y rematando en el suelo como si se tratara de fieras salvajes, mientras que a otros los fusilaron.

Simón Amaya no dejó de luchar un solo momento y al final cayó abatido de un balazo en el cráneo. Al llegar el mediodía casi todos los rebeldes habían sido aniquilados.

Los soldados porfiristas levantaron del campo de batalla los cuerpos de 73 rebeldes, entre ellos los de Simón Amaya, de Celso Anaya y su hijo del mismo nombre. También fueron identificados entre los muertos: Melquíades y Camilo Vargas, Felipe Márquez, Felipe Salas, Francisco Córdova, Romualdo Enríquez, Luciano Ávalos, Julio Muñoz, Dámaso Bencomo, Marcos Vargas, Guadalupe Molina, Secundino Castillo y Arnulfo Pérez.

Francisco Almada agrega los nombres de algunos rebeldes que se salvaron del combate de Santo Tomás y es interesante registrarlos porque algunos de ellos intervinieron en movimientos posteriores y hubo quienes participaron en la revolución de 1910. Estos son los nombres de los sobrevivientes: Silverio Terán, Jesús María Vargas, Dámaso Carrasco, José Sotelo, Othón Camarena, Santiago Valverde, Rafael Muñoz, Manuel Duarte, Fabián Vega, Ruperto Castillo, Ignacio Tarango, Apolunio Rodríguez, Felipe Acosta, Benigno Arvizo, Florencio Loera, Albino Quintanar, Maximiano Rodríguez, Abraham Sáenz, Ángel F. Batista y Gabino Cano.

En el parte oficial rendido por el general Hernández indicó que habían sido 82 los rebeldes muertos. Semanas después del combate se distribuyó en todos los pueblos de la región un manifiesto dirigido a los soldados federales, en nombre de los jefes revolucionarios Macario Pacheco, Jesús Varela, Valente García, Santana Pérez y Filomeno Luján.

En ese documento los sobrevivientes aseguraban que habían sido fusilados 31 civiles de los cuales sólo unos cinco o seis habían participado en el combate. La manera en que se presenta la información es algo confusa, pero muestra claramente cómo las fuerzas de la dictadura tergiversaban los hechos y ocultaban las verdaderas causas de estos movimientos contra la dictadura.

Lo más relevante del documento es que ofrece información suficiente para interpretar cuáles fueron las causas reales que dieron origen a la insurrección. A continuación se transcribe el manifiesto tal y como lo publicó el historiador Francisco R. Almada en su obra *La rebelión de Tomochi*. Se trata de un texto muy largo y escrito de manera diferente a como se usa ahora, pero le recomendamos a los lectores de este artículo que lo revisen con detenimiento y atención porque refleja con mucha precisión el sentir de

los chihuahuenses libres contra la dictadura porfiriana, 17 años antes de que estallara la revolución maderista.

¡Soldados mexicanos!

Hoy nos dirigimos a vosotros en la confianza de que vamos a hablar con nuestros hermanos. Somos hijos de una misma madre, una es nuestra bandera, uno nuestro territorio, hablamos el mismo idioma y buscamos el mismo fin: el engrandecimiento de la patria y nuestra mutua felicidad.

¿Por qué pues, nos encontramos con las armas en la mano destrozándonos mutuamente? Porque los tiranos del pueblo son demasiado astutos para engañarnos. El ejército, en los países demócratas, se compone de hombres libres, de ciudadanos que aman a su patria, para que la defiendan de cuantos peligros la amenacen. Pero vosotros no empuñáis las armas por propia voluntad. Vivíais tranquilos en vuestro pueblo al lado de vuestra madre y de vuestros hermanos; teníais una esposa que os cuidaba y unos hijos que os llenaban de cariño. De la noche a la mañana un capataz os llevó a la cárcel y después al cuartel; fuisteis pasados por cajas y en nombre de la patria se os privó de vuestra libertad.

Vuestra madre y hermanos quedaron abandonados; vuestra esposa e hijos no tienen protección. Desde entonces vivís en una cuadra, hacinados como rastrojo y vigilados como ganado. ¿Es esta la condición de los hombres libres que se sujetan a la disciplina militar? Responded con el corazón. ¡No, y mil veces no! ¿La patria exige esos sacrificios de vosotros?

El que os priva de vuestra libertad; el que os impide que vivíais tranquilos al lado de vuestras familias, no es la patria, sino Porfirio Díaz; ese mal mexicano que ha hipotecado a México en los mercados extranjeros; ese hijo maldito que asesina a sus hermanos o los envilece. Vosotros pues, empuñáis las armas para defender a un tirano despreciable; pero no para salvar a la patria de ningún peligro. Nos encontramos frente a frente porque tratáis de defender una injusticia.

Vosotros sois la fuerza sostenida por un tirano que extorsiona a la patria para pagaros un mezquino sueldo. Nosotros somos la fuerza del derecho: pensamos lo que hacemos; nadie nos paga por empuñar las armas. Los imbéciles y los lacayos nos apellidan bandidos; pero nuestra conciencia nos da el nombre de patriotas. Queremos vivir libres o morir; pero no ser esclavos.

Hemos leído un libro que escribieron con su sangre nuestros padres: Allí se nos enseña a elegir a nuestros mandatarios por medio del sufragio libre; allí se nos enseña a pensar como ciudadanos y se nos eleva a la categoría de hombres libres: ese libro se llama la Constitución Política de 1857.

Si el tirano que os paga para que nos matéis, gobernara con esa ley, nosotros estaríamos tranquilos cultivando la tierra y cuidando nuestra familia. Pero vemos las injusticias que se cometen cada día, palpamos el peligro en que se encuentra la patria y no hemos vacilado un momento para abandonarlo todo y lanzarnos al campo de batalla para defender los derechos de nuestro pueblo ultrajado.

Soldados Mexicanos: si queréis evitar el derramamiento de sangre, poneos de parte de la revolución. No es justo que nuestras madres queden desamparadas, nuestras

esposas viudas y nuestros hijos huérfanos, porque un tirano esté gozando y repartiendo los despojos de la nación.

Nosotros los revolucionarios defendemos un principio y buscamos la salvación de la patria. Vosotros defendéis a un hombre que os esclaviza y buscáis su propio engrandecimiento. ¡Abajo los tiranos! ¡Viva la revolución y viva Tomochi!

Ahora pasamos a manifestar a la nación entera los últimos acontecimientos del 14 de abril de 1893 hasta la fecha.

Después de haber sido vencidos, ya sea por falta de recursos o mayor fuerza, hemos tenido que abandonar los puntos que ocupábamos, haciendo la salida y fuego en retirada, como a dos leguas del lugar y punto de sitio. Tiempo tuvieron los jefes y oficiales para haber terminado a los sublevados.

Pasados aquellos acontecimientos debía perseguírse nos y lograda la aprehensión, consignárse nos a una autoridad competente para que fuésemos juzgados conforme a la ley. Hemos visto que el *Periódico Oficial* se da parte de haber muerto el número de cuarenta de los sublevados, lo que es incierto y a la vez un engaño. En la batalla de Santo Tomás no murieron más de 23. Ahora resulta que según la lista que tenemos a la vista, el número de 31 fueron fusilados, asegurando entre todos éstos, cinco ó seis eran culpables y todos los demás inocentes.

Si el tirano ha creído infundirnos temor convirtiéndose él y sus fuerzas en asesinos, es al contrario, cada día nos encontramos más ofendidos y no vacilamos en empuñar las armas y protestamos exhalar el último aliento en defensa de nuestra patria y hermanos.

Oh destino fatal, él te ha cegado y engendrado en tu pecho la malicia. Eres Nerón, Borgia, Caín, el hijo natural de la codicia, y te has hecho Porfirio, desgraciado, enemigo fatal de la justicia.

¡Muera Porfirio Díaz!

¡Viva la Constitución de 1857!